

«EUROPA»: UN VOCABLO CON MUCHA HISTORIA (ESPACIAL Y CULTURAL)

ENRIQUE MORADIELLOS

1. La imprecisión en el origen como síntoma revelador

La palabra y el nombre de «Europa», hoy tan habitual y común en todas las lenguas de uso y curso mundial, tiene unos orígenes muy antiguos y lejanos en el tiempo, además de bastante imprecisos y difusos. Como mínimo, esos orígenes se remontan a un vocablo homónimo ya existente en la lengua griega clásica de la primera mitad del primer milenio de nuestra era: Εὐρώπη (Europe).

De hecho, la primera referencia conocida y escrita de ese sonoro nombre se encuentra en el llamado *Himno homérico a Apolo*. Se trata de una composición poética de autor o autores desconocidos, fechada probablemente en el siglo VIII antes de Cristo, que narraba la vida del dios olímpico protector de la música, experto dominador del uso del arco de flechas y certero vaticinador del porvenir de los hombres mortales. Según un fragmento del poema, el divino Apolo pronunció por vez primera ese nombre en el momento de fundar su afamado templo y oráculo de Delfos (el centro y ombligo del mundo para los griegos de la Antigüedad). Y lo hizo para referirse específicamente al territorio de la Grecia continental central y septentrional en cuanto que distinto y diferente a los territorios de la Península del Peloponeso y de las numerosas islas del mar Egeo y del mar Adriático:

Aquí mismo [Delfos] pienso procurarme un templo hermosísimo, como oráculo para los hombres que por siempre traerán aquí hecatombes perfectas [ofrendas sacrificiales], ya sea cuantos habitan el fértil Peloponeso, ya cuantos habitan Europa y en las islas ceñidas por las corrientes¹.

Por tanto, «Europa», como sustantivo y nombre propio, hunde sus fuertes raíces en las brumas de la más temprana historia de la Grecia Antigua y emprendió su andadura a la par que empezaba a constituirse el embrión de la civilización

occidental como ámbito geográfico y cultural específico, diferenciado y singular.

Desde el principio de su existencia, ese afortunado nombre propio se fue aplicando indistintamente a dos realidades básicas cuya relación original, si es que la hubo, sigue sin estar clara y comprobada en la actualidad. No en vano, el nombre de «Europa» en griego clásico tanto denotaba un territorio espacial de perfiles algo confusos e imprecisos, como designaba a una bella princesa asiática de mítica existencia y atribulada biografía. Esta significativa dualidad de referencias denotativas (un espacio geográfico y una figura mítica cultural) aparece registrada en todos los grandes autores griegos de la Antigüedad que utilizaron el vocablo en alguna ocasión y fue sancionada y perpetuada por la literatura y las artes occidentales en los siglos y épocas posteriores.

Así, por ejemplo, el historiador Heródoto de Halicarnaso, en su famoso libro titulado *Historias*, compuesto en el siglo V antes de Cristo, fue uno de los primeros en utilizar el nombre de Europa en su doble y coetáneo sentido geográfico y mítico. Por una parte, en el proemio de su magna obra, al repasar las causas de la enemistad y guerra entre los griegos y los persas (las Guerras Médicas del siglo V a. C.), el llamado «padre de la Historia» mencionaba como uno de los primeros motivos el rapto por los griegos de una princesa fenicia, hija del rey de Tiro, a la que llamaban Europa². Posteriormente, en otro capítulo de la misma obra, sin especificar el porqué de la estricta identidad entre los nombres, Heródoto exponía la generalizada concepción griega de un mundo constituido por un disco plano de tres grandes espacios-continentes rodeados por el Océano y con nombres de mujer: Europa (la parte más grande), Asia y Libia (esta última rebautizada como África por los romanos). En efecto, en un pasaje justamente célebre de su obra, Heródoto escribía al respecto:

Por lo que a Europa se refiere, es evidente que nadie conoce si, por el este o por el norte, se halla rodeada de agua;



en cambio, se sabe que, longitudinalmente, tiene la misma extensión que las otras dos partes del mundo juntas.

Y por cierto que no alcanzo a explicarme por qué razón la tierra, que es una sola, recibe tres denominaciones diferentes que responden a nombres de mujeres, y por qué motivo se han tomado, como límites para la misma, el Nilo, un río egipcio, y el Fasis, uno colco (otros, en cambio, hablan del Tanais, un río mayata, y de los Estrechos Cimerios); y tampoco he logrado averiguar los nombres de quienes establecieron esos límites ni por qué les han impuesto esas denominaciones. Pues resulta que, según la mayoría de los griegos, Libia tiene ese nombre por Libia, una mujer originaria de esa zona, en tanto que Asia recibe esa denominación por la esposa de Prometeo. Los lidios, sin embargo, reivindican como propio ese nombre, alegando que Asia se llama así por Asies, hijo de Cotis y nieto de Manes (y no por Asia, mujer de Prometeo), que es, asimismo, el epónimo de la tribu Asiade de Sardes. En cambio, y por lo que a Europa respecta, nadie en el mundo sabe si está rodeada de agua por todas partes, ni existen datos que especifiquen de dónde ha tomado ese nombre ni quién fue el que se lo impuso, a no ser que admitamos que esa zona tomó su nombre de la tiria Europa; pero, en ese caso, con anterioridad carecería de nombre, como las otras partes del mundo. No obstante, esa mujer era, sin lugar a dudas, originaria de Asia y no llegó hasta esta tierra que actualmente los griegos denominan Europa, sino que, desde Fenicia, llegó tan sólo a Creta, y de Creta a Licia. En fin, sobre este tema basta con lo dicho, pues para las partes del mundo utilizaremos los nombres que la costumbre ha generalizado³.

Al igual que Heródoto, muchos otros autores contemporáneos y sobre todo posteriores a él combinaron ese uso ambivalente del nombre «Europa» para designar tanto a la mítica princesa fenicia como al continente opuesto a Asia

y a Libia-África. Este es el caso del historiador Ferécides de Atenas, del literato Nicandro Theriaca, de los mitógrafos Agatárquides de Cnido y Apolodoro de Atenas, de los más tardíos poetas romanos Publio Ovidio Nasón y Quinto Horacio Flaco⁴.

2.

El Mito de Europa

El relato mitológico legado por la Antigüedad Clásica fue en gran medida codificado por el citado poeta Ovidio (siglo I a. C.) en un pasaje antológico de su magna obra titulada *Las Metamorfosis*⁵. A tenor del mismo, Europa era una joven y excepcionalmente bella princesa fenicia, hija de Agenor, rey de Tiro, y de la ninfa Melía. El propio Zeus Olímpico, padre y rey de los dioses del panteón griego, quedó prendado de su belleza y se enamoró perdidamente de ella. A fin de poder acercarse a su vera sin suscitar su rechazo y poder así raptarla, Zeus decidió disfrazarse de toro blanco y manso. Bajo esa apariencia tranquilizadora, el dios se aproximó hasta la playa en cuya orilla la joven princesa solía ir a jugar con sus compañeras y doncellas. La mansedumbre del complaciente toro llamó la atención de la intriguada e inocente Europa, que comenzó a jugar con él y a cubrir sus cuernos y lomo de guirnaldas y flores. Finalmente, convencida de la total bondad del animal, la joven princesa incluso se atrevió a subir a su lomo como si fuera un caballo dócil. Fue entonces cuando Zeus salió huyendo raudo hacia el mar, llevándose consigo a la asustada muchacha, cabalgando sobre las olas marinas y desembarcando con ella en la isla de Creta. En dicho lugar el dios abandonó su forma animal y se desposó con la virginal doncella. Como fruto de los amores entre Zeus y la engañada princesa nacieron tres hijos: Minos, Radamantis y Sarpedón. Una vez que Zeus se cansó de Europa, decidió entregarla como esposa al rey de Creta, Asterión, que adoptó a los hijos de la princesa y dejó como heredero del trono al mayor, Minos. A su vez, el toro en que Zeus se había transformado para raptar a Europa fue convertido en la constelación de Tauro y colocado entre los signos astrológicos del Zodíaco.

Desde los mismos tiempos clásicos, las interpretaciones sobre el sentido último de este mito enigmático y ambiguo son varias y no siempre armónicas o concordantes. Según algunos autores, el rapto mítico de Europa por Zeus disfrazado de toro era esencialmente una fábula literaria que encubría un rapto más prosaico y terrenal: unos comerciantes de Creta que traficaban a lo largo de la costa asiática de Fenicia habrían divisado en una playa a una joven de belleza cautivadora y la habrían raptado para ofrecérsela como regalo a su rey Asterión. Y como su bajel llevaba en la proa una escultura de un toro pintado de blanco, dieron origen a la leyenda del dios metamorfoseado en toro albino que huía por el mar con su codiciada y virginal presa. Para otros autores, ese rapto mítico inicial era una trasposición idealizada, una bella metáfora, de la real tensión y creciente enemistad entre griegos (incluyendo a los cretenses) y asiáticos (incluyendo a los fenicios), que habría de conducir a las feroces

han sugerido que el término «Europa» podría haber derivado del vocablo *Ereb*, una palabra fenicio-araméa que significaba «tierra del ocaso», «tierra de la puesta de sol», «tierra de las tinieblas». Habida cuenta de que esa masa continental estaba situada en el Occidente (tomando como punto cardinal de referencia y de mira la costa de Fenicia y el Cercano Oriente), la explicación resulta plausible, sensata y hasta lógica. Sobre todo porque también parece que la palabra antónima asiria es *Asu* o *Açû*, con el sentido de «lugar de orto del sol», «tierra del amanecer», posible origen del término «Asia» (igualmente asumido por los fenicios y traspasado a la lengua griega). Pero en absoluto ha sido probada esa etimología ni tampoco demostrado el modo exacto de su derivación filológica. Así pues, el origen del nombre y la forma de su aplicación al continente homónimo siguen siendo un enigma misterioso para la filología y para la historia¹⁴.

En cualquier caso, lo cierto es que los griegos de la Antigüedad utilizaron la palabra «Europa» para designar a un territorio y un espacio relativamente bien perfilado y separado de Asia y de Libia-África. Afirma al respecto con acierto Díez del Corral:

La contraposición de ambos vocablos (*Açû*/Asia y *Ereb*/Europa) y sus respectivos sujetos fue sentida muy vivamente por el griego, desde el archipiélago del mar Egeo, aplicándolos a las costas orientales y occidentales del mismo, contraposición ésta que se va cargando de sentido político y cultura, hasta extenderse el uso del vocablo Europa a toda la Grecia continental con motivo de las Guerras Médicas¹⁵.

Y ese uso identificativo fue consagrado por las sucesivas culturas desplegadas en el espacio europeo y hasta la actualidad.

Así, pues, según la concepción geográfica del mundo greco-romano, Europa era uno de los tres continentes que formaban el disco plano circular u oblongo que constituía la superficie terrestre¹⁶. Siguiendo las ideas del filósofo Anaximandro, el geógrafo Hecateo confeccionó un primer mapa de la *ekumene* (la tierra habitable) en torno al año 500 a. C., perfeccionando las previas ideas sumerias sobre un espacio plano oblongo extendido en torno al mar Mediterráneo y dos veces más ancho (en sentido este-oeste) que alto (en sentido norte-sur). El mapa de Hecateo concebía la *ekumene* como un círculo rodeado de agua (el Océano como confin del mundo) y cuyo centro estaba precisamente en Delfos, sede del oráculo de Apolo¹⁷.

Y sus concepciones básicas, renovadas y matizadas por los trabajos posteriores de Eratóstenes (que vivió entre el 276 y el 194 a. C.), Estrabón (63 a. C. - 21 d. C.) y Ptolomeo (nacido en el año 120 d. C.), perdurarían de manera casi intacta hasta los grandes descubrimientos geográficos de la época moderna y la correlativa eclosión de una nueva cartografía marítima y terrestre.

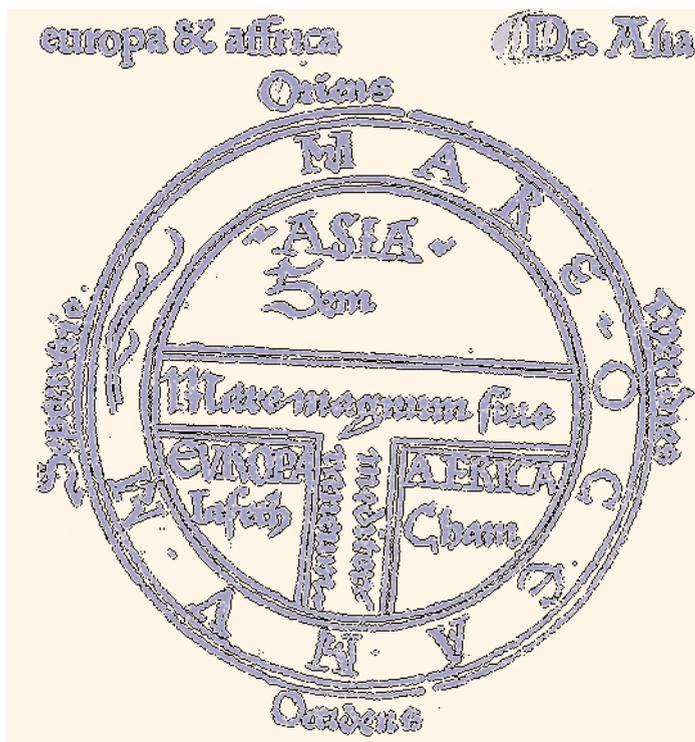
A tenor del mapa correspondiente a esa concepción y descripción clásica, Europa estaba limitada al oeste por las columnas de Hércules (actual Estrecho de Gibraltar) y el Océano, en tanto que al sur quedaba separada tajantemente

de Libia-África por el mar Mediterráneo (*Mare Nostrum* de los romanos). Sin embargo, esa precisión de límites quedaba truncada al norte, por ignoto e inexplorado, y al este, sobre todo con relación al continente de Asia. Básicamente y de modo aproximado, las estepas de la actual Rusia, el río Don y el mar de Azov servían como límite indeciso para separar Europa de Asia, en tanto que el estrecho del Bósforo y el mar Egeo servían como divisoria estricta entre ambos continentes en su extremo oriental. Por su parte, Libia-África y Asia estaban separadas rotundamente por el Nilo y por el llamado mar de Eritrea (suma de los actuales mar Rojo, Golfo Pérsico y Océano Índico).

Durante la época de la Edad Media persistió esa imagen clásica de la Tierra como disco plano confinado por el Océano, pero sometida a una fuerte simplificación y esquematización. En particular, desde el siglo VII se popularizó el formato de los llamados mapas de «T en O», a partir del diseñado por San Isidoro de Sevilla (560-636) para su obra titulada *Las Etimologías* (circa 634), una monumental enciclopedia de todo el saber pagano y cristiano que tuvo una enorme difusión por la Cristiandad medieval. Las fuentes de elaboración de esa representación cartográfica eran tanto los geógrafos clásicos (Estrabón y Ptolomeo) como los padres de la Iglesia cristiana (especialmente, San Agustín) que recogieron y adaptaron esa información geográfica a su propia cosmovisión religiosa¹⁸.

A tenor de ese modelo cartográfico medieval, el mundo estaba representado como una circunferencia plana (un discario) delimitada por un mar Océano continuo e indiviso (la O) que rodea al conjunto de la Tierra, la cual está dividida en tres partes por una masa de aguas interiores en forma de T. La parte superior del discario la ocupa Asia (separada por el trazo transversal de la T, formado por las aguas del Don, el mar de Azov, el mar Negro, el Bósforo y el Nilo) y la parte inferior se divide equitativamente entre Europa, a la derecha, y África, a la izquierda (separadas por el Mediterráneo: el trazo vertical de la T). A cada continente le corresponde el nombre de uno de los hijos de Noé que repoblaron la tierra después del Diluvio Universal narrado en la Biblia: Sem se estableció en Europa, Cam en África y Jafet en Asia. El límite entre Europa y Asia, como era habitual, estaba fijado por el Tanai Fluvius (río Don) y Meotides Paludes (mar de Azov). El límite entre Asia y África quedaba establecido en el Nilo. El conjunto del mapa estaba «orientado» en el sentido literal de esta palabra: con Asia situada en la parte superior (donde hoy nosotros situamos el Norte) porque allí, en Oriente, salía el sol y allí se suponía que había estado situado el Paraíso terrenal. En tanto que Europa ocupaba el cuarto septentrional inferior y África el cuarto meridional inferior.

Un ejemplo clásico y muy esquemático de esa concepción de la tierra y del lugar de Europa en ella puede hallarse en el mapa recogido en el códice albeldense, elaborado en el Monasterio de San Martín de Albelda (La Rioja) hacia el siglo 951 y conservado en la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial. El armazón conceptual religioso que preside la ejecución de los mapas medievales de T en O se refleja en el simbolismo que contienen. La misma estructura del mapa,



identificada con la estructura del mundo, está centrada en la T, símbolo de la cruz. Y en el diagrama «T en O» está reflejada la supuesta armonía del mundo creado por la divinidad, al ser un monograma de la expresión *Orbis Terrarum* (orbe o disco de la Tierra).

Esta visión esquematizada y religiosa de la realidad espacial terrestre sólo cambiaría decisivamente a partir de la época moderna, especialmente tras los grandes descubrimientos geográficos de los siglos xv y xvi (el surgimiento de América como cuarto continente situado allende el Océano). A partir de entonces, una vez comprobada la esfericidad de la Tierra y desterrada la teoría geocéntrica, la concepción geográfica comenzó a percibir y representar las masas de los continentes de un modo más preciso y ajustado a la realidad de sus dimensiones. Ese proceso llegaría a un momento cumbre con la obra de Gerardus Mercator (1512-1594), cartógrafo, geógrafo y matemático flamenco, quien con una proyección cilíndrica modificada consiguió una nueva y más fiel representación de la esfera terráquea sobre un plano. Una representación que todavía hoy seguimos utilizando con las debidas variaciones y mejoras (entre otras cosas porque la proyección de Mercator deformaba mucho los extremos norte y sur del globo, agrandándolos en exceso). El mapa planisferio laboriosamente elaborado por Mercator fue impreso y publicado póstumamente por su hijo Rumold Mercator en 1595, consiguiendo un gran éxito y aceptación en todo el mundo europeo y extraeuropeo¹⁹.

A partir de los tiempos de Mercator y el Renacimiento, Europa, el continente todavía decisivo desde el punto de vista político, económico, militar y cultural, pasó a tener unas dimensiones geográficas menos magnificadas y a ocupar un espacio más acorde con sus reducidas proporciones reales. Europa, a pesar de toda su innegable importancia histórica, se revelaba finalmente como una mera punta occidental de un inmenso continente asiático: como un subcontinente

stricto sensu. Y sus siempre imprecisos límites por el este se volvían más nebulosos y arbitrarios (es decir, menos naturales y más históricos) que con anterioridad²⁰. En este proceso de empequeñecimiento espacial y cartográfico todavía faltaba por andar un peldaño más en pleno siglo xx: los nuevos sistemas de representación de la superficie terrestre elaborados por el cartógrafo alemán Arno Peters (1916-2002) aún reducen más el espacio correspondiente a Europa en el conjunto del planeta y realzan su condición de mero apéndice prominente del gran continente asiático (o euro-asiático, para mayor deferencia)²¹.

4.

La realidad tras el nombre: un espacio geográfico de culturas dinámicas unidas en su diversidad

Y sin embargo, a pesar de esa progresiva y sistemática reducción de su importancia cuantitativa y espacial en el seno del globo terráqueo, Europa, desde el punto de vista geográfico, histórico y cultural no era ni había sido previamente ninguna utopía o invención carente de vida propia y existencia activa. Había sido y continuaría siendo hasta la actualidad un concepto complejo y difuso a la par: un marco geográfico poco limitado en algunos de sus márgenes y, sin embargo, definido con rotundidad en términos de civilizaciones y culturas, materiales e intelectuales, más o menos hermanadas entre sí pero muy diferentes a las de otros territorios circundantes y relativamente próximos o distantes. No en vano, como es bien sabido, la identidad nunca es una relación apriorística de algo consigo mismo, sino una confrontación con aquello que resulta su contrafigura: la fuerza motriz de la dinámica operativa de constitución del *Nos versus Ellos*. Por eso, como apuntó Federico Chabod hace tiempo, Europa se había configurado desde el primer momento germinal como idea cultural y espacial en contraposición a otros espacios y culturas: el imperio persa frente a la polis griega en tiempos de las Guerras Médicas; «desde entonces, la idea de Europa irá asociada a la de libertad y la de Asia a la de servidumbre»²². Y más recientemente, Anthony Pagden ha vuelto a reiterar esa conformación de identidad propia por contraposición con la ajena con palabras certeras:

Así pues, una mujer asiática raptada dio su nombre a Europa; un exiliado errante asiático dio a Europa su identidad política y finalmente cultural [Eneas, tras huir de Troya y fundar Roma]; y un profeta asiático [Jesucristo] dio a Europa su religión. Como Hegel hizo notar más adelante, Europa era «el centro y el final» de la Historia. [...] El curso de la civilización, como el del imperio y el del sol, se mueve inexorablemente desde el Este hacia el Oeste²³.

En realidad, al igual que es imprecisa la etimología y contorno semántico del vocablo que la designa, también hay que concluir que no ha existido a lo largo de la historia una Europa única y homogénea, sino varias «Europas» dentro de ese molde espacio-cultural. Y que su unidad por identidad sólo resulta perceptible (y resultó concebible) cuando se la confronta con otras civilizaciones y culturas extraeuropeas

que actúan como contrafigura de su propia personalidad plural y diversificada.

La propia trayectoria histórica desplegada sobre el continente homónimo desde su etapa de germinación griega así parece refrendarlo²⁴. Fue solar del Imperio romano de Occidente frente al Imperio romano de Oriente en la Antigüedad Clásica tardía definida sobre el marco espacial del mar Mediterráneo. Fue ámbito seguro de la Cristiandad que se defiende al norte de ese mar frente al Islam que se expande por la ribera sureña en la larga Edad Media. Fue en la Edad Moderna espacio afortunado de construcción de Estados centralizados identificados con sus dinastías, sus lenguas vernáculas y sus religiones cristianas nacionales (*cuius regio, eius religio*). Fue cuna de gestación del «concierto europeo» sobre las ruinas de las guerras de religión precedentes y al compás del fenómeno de la Ilustración racionalista en el siglo XVIII. Fue escenario de eclosión de la expansiva potencia revolucionaria desatada por la combinación de liberalismo, industrialismo e imperialismo durante el convulso y próspero siglo XIX. Fue también, más recientemente, soporte físico y humano de una devastadora «guerra civil europea» que englobaba en su seno los grandes y cruentos conflictos bélicos de 1914-1918 y 1939-1945. Y, finalmente, sobre el doble cimientamiento de la devastación material y el genocidio racista, está siendo el esperanzador laboratorio de construcción de una singularísima unión política y económica de Estados decididos a evitar la guerra y garantizar los derechos humanos en su seno y en el exterior en la medida de sus posibilidades y sus medios²⁵.

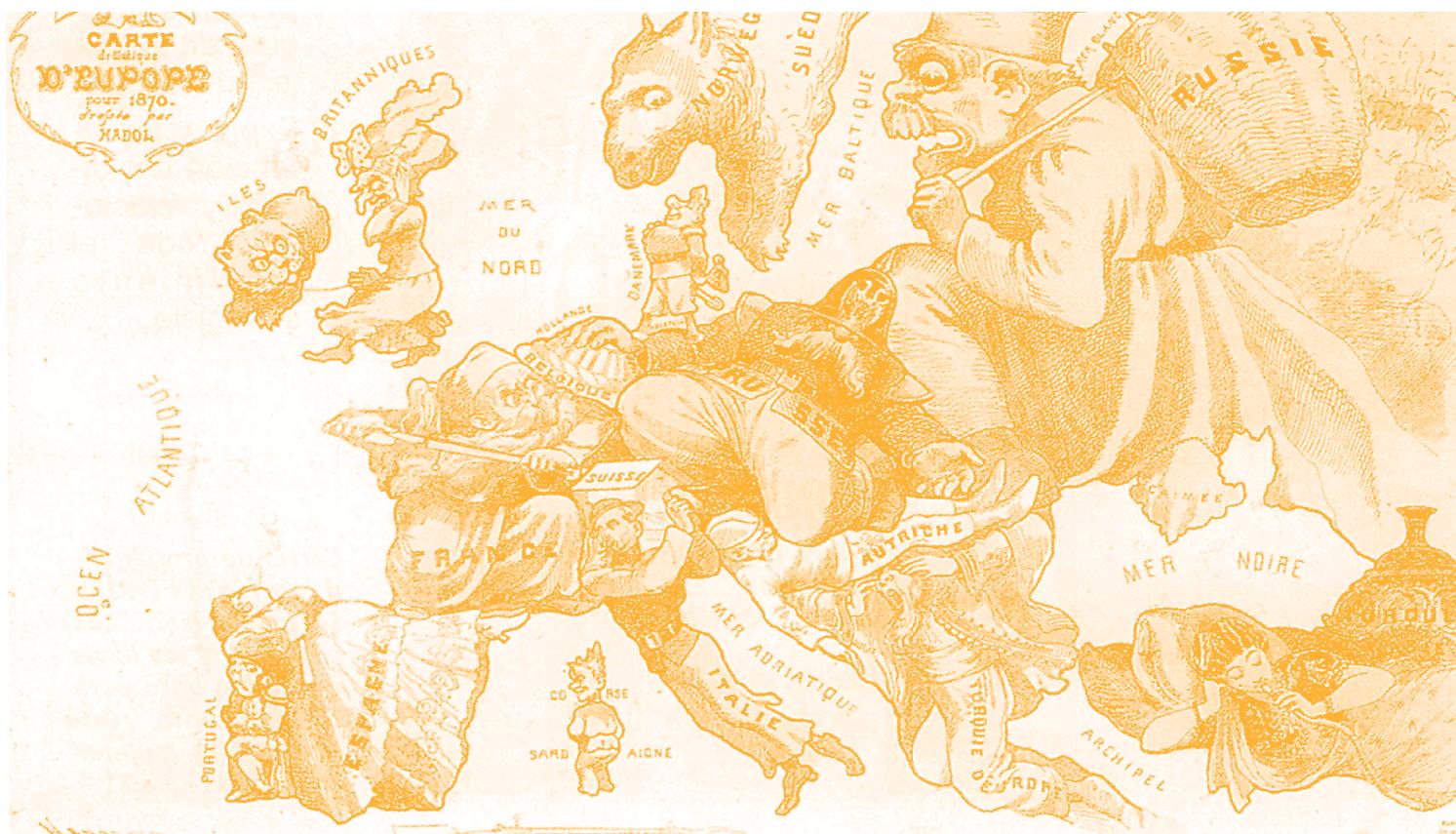
En otras palabras: la unidad de Europa, ahora como antes, es la unidad forjada por partes integrantes heteróclitas que sólo se reconocen como hermanadas cuando se las

confronta con otras partes situadas más allá de sus límites físicos y sus tradiciones histórico-culturales. No otra cosa había tratado de transmitir el jesuita aragonés Baltasar Gracián cuando escribía en la tercera parte de su obra *El Criticón* (publicada por vez primera en 1656 y muy difundida por la Europa de su tiempo):

Es Europa vistosa cara del mundo, grave en España, linda en Inglaterra, gallarda en Francia, discreta en Italia, fresca en Alemania, rizada en Suecia, apacible en Polonia, adamada en Grecia y ceñuda en Moscovia²⁶.

A Europa, pues, cabe mirarla desde fuera legítimamente como potencial unidad de componentes diversos y no siempre armónicos, pero necesariamente vinculados y conexos en razón de sus determinaciones espaciales y culturales. Es, por tanto, un fenómeno geográfico (un espacio de existencia) y humano (un ámbito de culturas conexas) que resulta el legado de una larga historia, con sus luces y sombras, y que todavía cuenta con mucho futuro por delante, cualquiera que sea su signo y perfil²⁷. Pero, eso sí, como recordaba hace escasos años un maestro de la talla de José María Jover Zamora, no cabe nunca olvidar que «Europa, empero su unidad, es una lira de muchas cuerdas»²⁸. Y tampoco cabe olvidar, aunque a veces parece que así se hace, que esa lira de muchas cuerdas histórico-culturales se asienta sobre un espacio físico preciso y difuso a la par y según se mire, como también ha recordado certeramente Michael Emerson:

La geografía fue el primer y primordial factor responsable de las etnias y culturas europeas. La geografía sigue siendo fundamental si tiene algún sentido discutir la integración europea; si no fuera así, el Nuevo Mundo estaría lleno de países europeos²⁹.



NOTAS

¹ Himno homérico a Apolo (Himno III, versículos 248-252). Recogido en la obra *Himnos homéricos. La «Batracomiomaquia»* (introducción, traducción y notas de Alberto Bernabé Pajares), Madrid, Editorial Gredos, 1988, p. 117.

² HERÓDOTO, *Historias* (traducción, introducción y notas de Carlos Schrader), Madrid, Editorial Gredos, 1977, libro I, versículos 1-5.

³ HERÓDOTO, *Historias*, libro IV, 45.

⁴ Odile WATTEL-DE CROIZANT, «El rapto de Europa en la Antigüedad grecorromana», en Eric BUSSIÈRE, Michel DUMOULIN y Gilbert TRAUSSCH (dirs.), *Europa. El pensamiento y la identidad europea de la antigua Grecia hasta el siglo XXI*, Amberes, Fonds Mercator-Academia Europea de Yuste, 2001, pp. 1-12.

⁵ Publio OVIDIO NASÓN, *Las metamorfosis*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990, libro II, 836-875, y libro III, 1-2. Traducción de Antonio Ruiz de Elvira. Cf. la voz «Europa» en Pierre GRIMAL, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, 1981.

⁶ Heinz SCHILLING, «La Europa de las Iglesias y las confesiones», en E. Bussièrre, M. Dumoulin y G. Trausch (dirs.), *Europa*, pp. 79-108 (especialmente, p. 99).

⁷ A título de mero ejemplo, véase el largo elenco de referencias plásticas y literarias recogido en la voz «Europa» dentro de la enciclopedia *The Oxford Guide to Classical Mythology in the Arts, 1300-1990s*, Oxford, Oxford University Press, 1993, vol. 1.

⁸ Una completa selección iconográfica de estas representaciones plásticas de Europa se recoge en la ya citada obra dirigida por E. BUSSIÈRE, M. DUMOULIN y G. TRAUSSCH, *Europa. El pensamiento y la identidad europea de la antigua Grecia hasta el siglo XXI*, p. 6 (Metopa de Selinunte), 10 (fresco pompeyano), 73 (Veronés), 128 (Reni), 131 (Tiziano), 157 (Boucher), 164 (Tiépolo) y 266 (Beckmann). La obra de Botero (1994) se halla en la Plaza de Europa del Aeropuerto de Barajas (Madrid).

⁹ Odile WATTEL-DE CROIZANT, «El rapto de Europa en la Antigüedad grecorromana», p. 5.

¹⁰ HORACIO, *Épodos y Odas*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 152. Traducción de Vicente Cristóbal López.

¹¹ Luis Díez del Corral, *El rapto de Europa*, Madrid, Alianza, 1974. En el mismo sentido y más recientemente, véase Jacques LE GOFF, *La vieja Europa y el mundo moderno*, Madrid, Alianza, 1995.

¹² Citado por María Victoria LÓPEZ CORDÓN, *Realidad e imagen de Europa en la España ilustrada*, Segovia, Patronato del Alcázar de Segovia, 1992, p. 23.

¹³ Natale CONTI, *Mitología*, Murcia, Universidad de Murcia, 1988, p. 649. Traducción y notas de Rosa María Iglesias Montiel y María Consuelo Álvarez Morán.

¹⁴ La propuesta etimológica fue hecha por el orientalista germano Wolfram von Soden en 1959. Philip STRAZNY (ed.), *Encyclopedia of Linguistics*, Nueva York, Abingdon, 2005, vol. 2, p. 953. Julio MANGAS y Domingo PLÁCIDO (eds.), *La Península Ibérica en los autores griegos: De Heródoto a Platón*, Madrid, Universidad Complutense, 1998, p. 33. Una minoría sugiere que podría tratarse de una contracción de los vocablos griegos *Eurus* (ancho, amplio) y *Ops* (mirada, rostro).

¹⁵ L. Díez del Corral, *El rapto de Europa*, p. 152. En el mismo sentido se expresa Anthony PAGDEN (ed.), *The Idea of Europe. From Antiquity to the European Union*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 33-36.

¹⁶ Vasilis TSIOLIS KARANTASI, *La geografía antigua*, Madrid, Arco-Libros, 1997. Aurelio PÉREZ JIMÉNEZ y Gonzalo CRUZ ANDREOTTI, *Los límites de la tierra. El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Clásicas, 1998.

¹⁷ Mapa de Hecateo reproducido en Olivier LE CARRER, *Océanos de papel. Historia de las cartas de marear, de los antiguos periplos al GPS*, Barcelona, Juventud, 2007, p. 12.

¹⁸ Mapa del mundo de las *Etimologías* de San Isidoro según la impresión hecha en Ausburgo en 1472. Reproducido en Federico Romero y Rosa Benavides, *Mapas antiguos del mundo*, Madrid, Aguilar, 1996, p. 40.

¹⁹ Reproducido en F. ROMERO y R. BENAVIDES, *Mapas antiguos del mundo*, p. 104. Véase al respecto David BUISSET, *La revolución cartográfica en Europa, 1400-1800*, Barcelona, Paidós, 2004. El mapa de Mercator reduce la longitud del Mediterráneo a 53°, corrigiendo parcialmente la medición exagerada de Ptolomeo. Hasta 1700 no reflejarán los mapas las proporciones exactas de este mar.

²⁰ Michel DUMOULIN, «La idea de Europa desde Erasmo a la Primera Guerra Mundial», en E. BUSSIÈRE, M. DUMOULIN y G. TRAUSSCH (dirs.), *Europa*, pp. 193-208.

²¹ Elvira ALEGRÍA GOYA, Paloma FERNÁNDEZ DE LA HOZ y María Blanca TREJO VARELA, *Cartografía histórica. Siglos XIX y XX. Proyección de A. Peters*, Madrid, Akal, 1993, p. 129. Arno PETERS, *La nueva cartografía*, Barcelona, Vicens Vives, 1991.

²² Federico CHABOD, *Historia de la idea de Europa*, Madrid, Universidad Complutense, 1992, pp. 27-30 (cita textual en p. 29).

²³ Anthony PAGDEN, *The Idea of Europe*, pp. 35-36. El mismo tenor argumentativo se encuentra en Kevin WILSON y Jan van DER DUSSEN (eds.), *The History of the Idea of Europe*, Londres, Routledge, 1993.

²⁴ Un repaso a esa trayectoria histórica puede verse en Manfred MAN, *Historia de Europa*, Barcelona, Península, 2008. Gonzalo ANES, *Una reflexión sobre Europa*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. Norman DAVIES, *Europe. A History*, Oxford, Oxford University Press, 1996. Jean CARPENTIER y François LEBRUN (dirs.), *Breve historia de Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1994. Jean-Baptiste DUROSELLE (ed.), *Historia de los europeos*, Madrid, Aguilar, 1990.

²⁵ Carte drôlatique d'Europe pour 1871, caricatura del ilustrador francés Paul Hadol.

²⁶ Baltasar GRACIÁN, *El Criticón*, Madrid, Espasa Calpe, 1971, parte III, crisis IV, p. 95. Edición, introducción y notas de Evaristo CORREA CALDERÓN.

²⁷ Sobre ese futuro y el papel de la «idea» de Europa en el mismo, véanse a título ilustrativo las reflexiones contenidas en el libro editado por Antonio Remiro BROTONS, *Los límites de Europa*, Madrid, Academia Europea de Ciencias y Artes, 2008.

²⁸ José María JOVER ZAMORA, *España en la política internacional. Siglos XVIII y XIX*, Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 15.

²⁹ Michael EMERSON, *El nuevo mapa de Europa*, Madrid, Alianza, 1999, p. 43.